

no solo todos los ociosos estudios que en nada bueno paran, y ni siquiera hacen mas agradables para los demás á los que se han aplicado á ellos, sino tambien todos aquellos que para su edad no son de provecho; y que no puede preveer la criatura que en otra mas adelantada puedan serlo. Si no quiero que den prisa á un muchacho para que aprenda á leer, tampoco quiero con mas razon que precisen á ello á las niñas, sin darles bien á entender primero para qué es buena la lectura; y en el modo como les hacemos ver comunmente esta utilidad, antes seguimos nuestras propias ideas que las de ellas. ¿Al cabo, qué necesidad hay de que sepa una muchacha leer y escribir tan temprano? ¿Tan presto ha de tener casa que gobernar? Muy contadas son las que no hacen mas abuso que uso de esta funesta ciencia, y todas son curiosas en demasia para que no la aprendan, sin que á ello las apremien, asi que tienen ocasion y lugar. Acaso lo primero de todo debieran aprender á contar, porque ninguna cosa presenta mas palpable utilidad en todos tiempos, ni pide tan larga práctica, ni deja tanto lugar al error como las cuentas. Si no se le dieran á la chica las cerezas para su merienda sin una operacion de aritmética, yo aseguro que en breve sabria calcular.

Conoci á una niña que aprendió á escribir antes que á leer, y que primero escribió con la aguja que con la pluma. De toda la escritura al principio no quiso hacer mas que oes: sin cesar las hacia grandes y chicas, de todos tamaños, unas dentro de otras, y siempre formadas al revés. Por desgracia, un dia que estaba ocupada en este útil ejercicio, se miró á un espejo, y notó que la sentaba mal esta violenta postura; al punto, como otra Minerva, tiró la pluma y no quiso hacer mas oes. A su hermano no le gustaba escribir mas que á ella: pero lo que él sentia era la sujecion y no la figura que le daba. Tomaron otro giro para que volviera á escribir: la chiquilla era vanidosa y delicada, y no queria que se sirvieran sus hermanas de su ropa blanca: se la marcaban, y no quisieron seguir marcándosela; fué menester que ella aprendiese á marcar: ya se dejan ver los adelantos progresivos.

Justificad siempre las tareas que imponais á las ni-

ñas, pero imponédselas continuamente. Los dos defectos mas peligrosos para ellas, y de que menos sanan cuando una vez los han contraido, son la ociosidad y la indocilidad. Las doncellas deben ser vigilantes y laboriosas: no basta con esto; deben estar sujetas desde muy niñas. Esta desdicha, si lo es para ellas, es imprescindible de su sexo, y nunca se libran de ella, como no sea para padecer otras mas crueles. Toda la vida han de ser esclavas de la mas continua y severa sujecion, que es la del bien parecer. Es preciso acostumbrarlas cuanto antes á la sujecion para que nunca les sea violenta; á resistir á todos sus antojos, para someterlos á las voluntades ajenas. Si quisieran estar siempre trabajando, convendria precisarlas algunas veces á que holgaran. La disipación, la insustancialidad, la inconstancia, son defectos que con facilidad nacen de sus primeros gustos estragados y siempre cumplidos: para precaver estos abusos, enseñadlas á que se venzan de continuo. En nuestras desatinadas costumbres, la vida de una mujer honrada es una perpétua lid contra sí propia.

Estorbad que se aburran las niñas en sus ocupaciones, y que se apasionen por sus pasatiempos, como siempre sucede en las educaciones vulgares, en que, como dice Fenelon, todo el fastidio está de una parte, y todo el contento de otra. Siguiendo las reglas que preceden, solo sucederá el primero de estos inconvenientes, cuando les disgusten las personas que con ellas estuvieren. Una niña que quiera bien á su madre ó á su aya, trabajará todo el dia á su lado sin aburrirse: con charlar solamente se resarcirá de toda su sujecion. Mas si no puede aguantar á la que la gobierna, tomará la misma repugnancia á todo cuanto hiciere junto á ella. Muy difícil es que las que no se hallan mejor con sus madres que con nadie del mundo puedan hacer un dia cosa buena; mas para juzgar de sus verdaderos afectos, es preciso estudiarlas, y no fiarse de lo que dicen, porque son aduladoras, disimuladas, y saben disfrazar sus sentimientos desde temprano. Tampoco se les debe prescribir que quieran á su madre, el afecto no resulta de la obligacion, y en esto de nada sirve el apremio. El ca-

riño, las solicitudes, el hábito solo, harán que la hija quiera á la madre como esta no haga nada para merecer su aborrecimiento. Bien dirigida, hasta la sujecion en que la tiene, lejos de debilitar este cariño, no hará mas que aumentarle, porque siendo la dependencia el estado natural de las mujeres, se inclinan á la obediencia.

Por la misma causa que gozan ó deben gozar poca libertad, se exceden en el uso de la que les dejan; en todo extremadas, se abandonan á sus juegos con mayor arrebató aun que los muchachos: y este es el segundo de los inconvenientes que acabo de indicar. Deben moderarse en ellas estos arrebatos, porque son causa de muchos vicios peculiares de las mujeres, entre otros el capricho, y las manías por las cuales se ciega una mujer hoy por un objeto que mañana no querrá ni aun mirar. Tan fatal es para ellas la inconstancia como el exceso en sus gustos, y entrambos provienen del mismo origen. No les estorbeis que se alegren, que se rian, que metan bulla, que retocen y jueguen; pero impedid que se cansen de una cosa para correr á otra; no consentais que un solo instante en su vida no conozcan freno. Acostumbradlas á ser interrumpidas en mitad de sus juegos, y llamadas á otras ocupaciones sin que murmuren. Con solo el hábito basta para esto, porque no hace otra cosa que auxiliar la naturaleza.

De este apremio habitual resulta una cualidad que necesitan las mujeres toda su vida, supuesto que nunca cesan de estar sujetas ó á un hombre, ó á los juicios de los hombres, y que nunca les es permitido hacerse superiores á estos juicios. La prenda primera y mas importante de una mujer es la blandura: destinada á obedecer á tan imperfecta criatura como es el hombre, tan llena muchas veces de vicios, y siempre tan llena de defectos, desde muy temprano debe aprender á padecer hasta la injusticia, y aguantar, sin quejarse, los agravios de un marido; debe ser blanda, no por él, sino por ella. La acrimonia y terquedad de las mujeres nunca logran mas que agravar sus culpas y el mal proceder de sus maridos, los cuales conocen que no son estas las armas con que han de ser vencidos. La naturaleza no formó á las mujeres halagüeñas y persuasivas para que

se tornaran regañonas; no las hizo débiles para que fueran imperiosas; no les dió voz tan suave para decir denuestos; ni facciones tan delicadas para que las desfigurasen con la ira. Cuando se enfadan, se olvidan de sí: muchas veces tienen razon en quejarse, pero siempre culpa en reñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo; un marido blando en demasia puede hacer insolente á su mujer; pero, á menos que el hombre sea un mónstruo, no resiste á la blandura de una mujer, que triunfa de él tarde ó temprano.

Sean siempre sumisas las hijas, mas no sean siempre inexorables las madres. Para hacer dócil á una jóven, no es necesario hacerla infeliz; ni es preciso entontecerla para hacerla modesta; por el contrario, no me pareciera mal que alguna vez le dejasen usar algo de maña, no para eludir el castigo de su inobediencia, sino para eximirse de que le hicieran obedecer. No se trata de hacerle penosa su independencia, basta con hacer que la sienta. La astucia es un talento natural del sexo; y convencido de que son buenas y rectas en sí todas las inclinaciones naturales, soy de dictámen de que se ha de cultivar esta como las demás: trátase solo de precaver sus abusos.

Acerca de la verdad de esta observacion me refiero á todo observador de buena fé; y no quiero que examinemos á las casadas, porque nuestras instituciones, que tanto las sujetan, pueden haber aguzado su inteligencia; quiero que se examinen las doncellas, las niñas que acaban, por decirlo así, de nacer; que las comparen con muchachos de la misma edad; y si no parecen estos majaderos, atolondrados, tontos junto á ellas, sin disputa voy yo equivocado. Permitanme un solo ejemplo escogido en todo el candor de la niñez.

Es cosa muy comun prohibir á las criaturas que pidan nada en la mesa, porque nunca creemos que ha de salir mejor su educacion, que cuando la recargamos con inútiles preceptos, como si fuese tan difícil darles ó negarles un pedazo de esto ó de aquello (1), sin hacer que

(1) La criatura se hace importuna cuando saca utilidad de serlo; pero nunca pedirá dos veces una misma cosa, si es siempre irrevocable la primer negativa.

se muera una pobre criatura de un ánsia que aumenta la esperanza. Todo el mundo sabe la maña de un chico sujeto á esta prohibicion, que habiéndose olvidado de servirle plato, le ocurrió pedir sal, etc. No diré que le podian reñir por haber pedido directamente sal, y carne indirectamente; tan cruel era la omision, que aun cuando hubiera violado patentemente el mandato y dicho sin rodeo que tenia gana, no puedo creer que le hubieran castigado. Mas véase aquí lo que hizo en mi presencia una chiquilla de seis años en un lance mucho mas apretado; porque, además de que le habian impuesto prohibicion rigorosa de pedir nunca nada directa ni indirectamente, no hubiera merecido perdon la inobediencia, porque de todos los platos habia comido, menos uno solo que se habian olvidado de servirle, y de que tenia ella gran deseo. Pues para conseguir que reparasen este olvido sin que pudiesen acusarla de inobediencia, pasó en reseña todos los platos, señalándolos con el dedo, y diciendo en alta voz, conforme los iba señalando: «Yo he comido de eso, yo he comido de eso,» pero con tan visible afectacion pasó el dedo sin decir nada por encima del plato de que no habia comido, que reparándolo uno de los convidados, la dijo: «Y de eso has comido? ¡Ah! no,» replicó con sumisa voz y bajando los ojos la golosilla. No añado nada mas; compárese: esta treta es astucia de chica; lo otra es astucia de muchacho.

Lo que existe es bueno, y no hay ninguna ley general que sea mala. Esta astucia particular dispensada al sexo es una justísima indemnizacion de la fuerza que le falta; sin lo cual la mujer no fuera la compañera sino la esclava del hombre: por esta superioridad de talento se mantiene al igual suyo, y le gobierna obediéndole. Todo lo tiene en contra suya la mujer, nuestros defectos, su cortedad, su flaqueza; no tiene en su favor mas que su maña y su belleza. ¿No es justo que cultive una y otra? Pero no es la belleza física; mil azares la destruyen, se va con los años, y la costumbre acaba con su eficacia. El ingenio solo es el verdadero recurso del sexo; no es ese necio ingenio que tanto aprecian en el mundo, y que no contribuye en nada á hacer

la vida feliz, sino el ingenio de su estado, el arte de sacar utilidad del nuestro, y valerse de nuestras propias ventajas. No sabemos cuán provechosa es para nosotros mismos esta astucia de las mujeres, cuánto embeleso añade á la sociedad de ambos sexos, cuánto sirve para reprimir la petulancia de las criaturas, cuántos maridos brutales enfrena, cuántos buenos matrimonios mantiene, que sin eso los turbara la discordia. Las mujeres arteras y malas abusan de ella, bien lo sé: ¿pero de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad, porque alguna vez los malos se sirven de ellos para hacer daño.

Puede una lucir por sus galas, pero solo puede agradar por su persona. Nuestros trajes no son nosotros: muchas veces deslucen á puro ser estudiados; y muchas los que mas hacen reparar en las que los llevan, son los que menos se reparan. En este punto la educacion de las muchachas es diametralmente contraria á la razon. Les prometen galas como recompensa, y hacen que gusten de adornos recargados. ¡Qué hermosa está! les dicen al verlas muy engalanadas; cuando por el contrario las deberian dar á entender que tanto atavío no lleva otro fin que ocultar defectos, y que el verdadero triunfo de la hermosura se cifra en lucir por sí propia. De mal gusto es la aficion á las modas, porque los semblantes no varian con ellas, y quedándose la cara siempre la misma, lo que la cae bien una vez la cae bien siempre.

Cuando viera yo á la niña pavonearse con su prendido, haria como que me daba en qué pensar lo que presumirian de su figura disfrazada así, y dijera: «Todas esas galas la adornan en demasia y es lástima. ¿Crees tú que la bastara llevar otros adornos mas sencillos? ¿Es tan hermosa que le podamos quitar esto ó aquello?» Acaso rogará entonces ella misma que le quiten aquel adorno, y que decidan: entonces es ocasion de alabarla, si hay razon para ello. Cuanto con mas sencillez estuviera vestida, tanto mas la elogiara yo. Cuando mire las galas como mero suplemento de las gracias personales y una confesion tácita de que necesita socorro para agradar, no estará ufana con su traje, sino muy humilde; y si yendo mas engalanada de lo que acostumbra, oye

que le dicen ¡*Qué hermosa está!* le saldrán de rabia los colores á la cara.

En cuanto á lo demás, si hay figuras que necesitan adorno, ninguna hay que exija ricos atavíos. Las galas costosas son vanidad de la clase y no de la persona, y únicamente penden de la preocupacion. La manía de prender á todos alguna vez se acicala, mas nunca es ostentosa; y con mas riqueza que Venus se engalanaba Juno. «No pudiendo hacerla hermosa, la haces rica,» decia Apeles á un mal pintor que pintaba á Elena cargada de adornos. Tambien he reparado que las mas veces las alhajas mas preciosas las llevaban mujeres feas: no es posible tomar mas vanidad con menós maña. Dad á una jóven que tenga gusto y desprecie la moda, cintas, gasa, muselina y flores; y sin diamantes, dijes, ni encajes (1), va á idear un traje que dé cien veces mas realce á su hermosura que todos los brillantes colgajos de la modista mas encopetada.

Como lo que cae bien siempre cae bien, y como siempre es necesario parecer lo mejor que sea posible, las mujeres que mas entienden de vestidos, escogen los que les caen bien, y los conservan; y como no mudan todos los dias, se ocupan ménos en sus trajes que las que no saben los que han de llevar. El verdadero arte de ponerse bien requiere poco tocador. Las señoritas solteras rara vez gastan tocados de aparato; la labor, las lecciones, les ocupan el día: y no obstante, por lo general van tan bien puestas como las señoras casadas, y muchas veces con mas gusto. No es lo que se piensa el abuso del tocador, que mas procede de aburrimento que de vanidad. Bien sabe una mujer que gasta seis horas en su tocador, que no sale de él mas bien puesta que la que no está en el suyo arriba de media hora: pero es tiempo ganado de la inaguantable longitud del día, y mas vale divertirse consigo que fastidiarse con todo. ¿Qué se habia de hacer con la vida, desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, si no fuese por el

(1) Las mujeres que tienen el cutis tan blanco que no necesitan encajes, darian mucho que sentir á las otras si no los gastasen. Casi siempre son las feas las que introducen las modas á que las hermosas hacen luego la tontería de sujetarse.

tocador? Se reunen otras mujeres á su alrededor, y se divierte en impacientarlas; ya eso es algo; se evitan las conversaciones á solas con un marido que solo se ve á esta hora, y eso es mucho mas; y luego vienen las modistas, los pollos, los autores en boga, los versos, las coplas, los folletos nuevos: sin el tocador nunca se pudiera reunir tanta cosa. El único beneficio real que de este se saca, es el pretexto de lucirse algo mas cuando está vestida; pero no es tanto este beneficio como se piensa, ni sacan de él tanto como se figuran las mujeres que tan prolijo tocador gastan. Dad sin escrúpulo educacion de mujer á las mujeres; haced que se aficionen á las tareas de su sexo, que sean modestas, que sepan cuidar y gobernar su casa, y se les olvidará muy pronto el abuso del tocador, no estando por ello prendidas con peor gusto.

Lo primero que las niñas observan á medida que van creciendo, es que todos estos adornos extraños no bastan para quien no los tiene en su propia persona. Nadie se puede dar hermosura, ni se adquiere tan presto el arte de prender á los hombres; pero ya es posible poner estudio en dar á los ademanes un giro agradable, á la voz un acento melodioso, en presentarse con aire, en andar con garbo, en tomar posturas que tengan gracia, y en sacar ventaja de todo. La voz alcanza mas, toma consistencia y metal, se desenvuelven los brazos, se toma buena planta; y de cualquier manera que vaya una vestida, conoce que hay un arte para hacer que la miren. Ya entonces no se trata solamente de aguja y de industria; se presentan nuevas habilidades, y se hace palpable su utilidad.

Bien sé que los institutores severos no quieren que se enseñe á las niñas la música, el baile ni ninguna de las artes agradables. Muy gracioso me parece eso. ¿Pues á quién quieren que se enseñen? ¿A los muchachos? ¿A quién toca mas bien poseer estas artes, á los hombres ó á las mujeres? «A nadie, responderán. Las canciones profanas son pecados horrorosos; el baile una invencion del diablo; una niña no debe tener otro pasatiempo que su labor y su rezo.» ¡Cierto que son extraños pasatiempos para una chica de diez años! Mucho me temo que todas

estas santitas, forzadas á pasar su niñez encomendándose á Dios, pasen su mocedad en cosas muy distintas, y se resarzan lo mejor que puedan, cuando estén casadas, del tiempo que piensan haber perdido siendo solteras. Creo que se ha de tener cuenta con lo que conviene á la edad no menos que al sexo; que una muchacha no debe vivir como su abuela, que debe ser viva, alegre, retozona, cantar, bailar todo cuanto se le antoje, y disfrutar todos los placeres inocentes propios de su edad: harto pronto le llegará el tiempo de ser reposada y tomar un aire mas serio.

¿Pero es efectiva la necesidad de esta mudanza? ¿No es acaso tambien fruto de nuestras preocupaciones? Con esclavizar las mujeres honradas á tristes obligaciones, han desterrado del matrimonio todo cuanto podia hacerle grato á los hombres. ¡Qué extraño es que los eche de su casa el silencio que ven reinar en ella, ó que tan poca prisa se den para abrazar tan desabrido estado! El cristianismo, á fuerza de exagerar todas las obligaciones, las hace impracticables y vanas; con tanto prohibir á las mujeres el canto, el baile, y todos los pasatiempos del mundo, las hace groseras, regañonas é inaguantables en sus casas. No hay religion en que esté sujeto el matrimonio á tan severas obligaciones, ni ninguna en que mas despreciado sea vínculo tan sagrado. Tanto se ha afanado en estorbar que las mujeres fueran amables, que han vuelto indiferentes á los maridos. No debiera ser así; ya lo veo; pero digo yo que así debia ser, porque al cabo los cristianos son hombres. Yo por mí querría que una inglesa moza cultivara con tanto esmero los talentos amenos para agradar al marido que llegara á tener, como los cultiva una albanesa jóven para el serrallo de Ispahan. Me dirán que un marido no se cura mucho de todos esos talentos. Bien creo que así sea, cuando en vez de emplearlos en su diversion, sirven de cebo para tener en su casa mozueltos descarados que le afrentan. ¿Mas os figurais que una casada cuerda, amable, adornada con estos talentos, y que los consagrare á la diversion de su marido, no aumentaria la felicidad de este, y no le estorbaria que al salir de su gabinete con la cabeza cansada saliese de casa en busca

de recreo? ¿No ha visto alguno familias felices, reunidas de esta suerte, donde cada uno pone su parte en la diversion común? Diga este si la confianza y la familiaridad que con ella va unida, si la inocencia y la dulzura de los contentos que disfrutan, no sustituyen con ventaja al mayor bullicio que ofrecen las diversiones públicas.

Hemos convertido mucho en arte las habilidades agradables y las hemos generalizado en demasia; todo lo hemós puesto en máximas y preceptos, y hemos convertido en fastidio para las muchachas lo que debiera servirles de diversion y juego. No imagino cosa mas risible que ver á un viejo maestro de música ó de baile, que se acerca con cenceño ademan á niñas que solo piensan en reirse, y para enseñarles su frívola ciencia toma tono mas pedante y magistral que si tratara de explicarles la doctrina cristiana. ¿Es inseparable, por ejemplo, el arte de cantar de la música escrita? ¿No es posible hacer flexible la voz y ajustarla, aprender á cantar con gusto, y aun acompañarse, sin conocer ni siquiera una nota? ¿Cuadra el mismo género de canto á todas las voces? ¿Se adapta el mismo método á todas las inteligencias? Jamás me harán creer que convengan las mismas posturas, los mismos pasos, los mismos movimientos, los mismos ademanes, los mismos bailes, á una morenita viva y salada, que á una hermosa rubia, alta, de ojos tiernos. Así cuando veo un maestro que á entrambas da exactamente las mismas lecciones, digo: «Este hombre sigue su práctica, mas no entiende ni una palabra de su arte.»

Preguntarán si deben tomárseles á las niñas maestros ó maestras. No sé: bien querria yo que no necesitasen unos ni otras, que aprendiesen á su libertad lo que tanta inclinacion tienen á aprender, y que no viésemos vagabundear por nuestras ciudades tanto saltarin. Dificilmente dejaré de creer que el trato con semejantes gentes no sea mas perjudicial para las niñas que útiles sus lecciones; y que su algarabía, su estilo, sus ademanes, no inspiren á sus discípulas la primera afición á las fruslerías de tanta entidad para ellos, y que á ejemplo suyo tendrán ellas en breve como única ocupacion.

En las artes que no tienen otro objeto que el agrado, toda cosa puede servir de maestro á las niñas; su padre, su madre, su hermano, su hermana, sus amigos, sus ayas, su espejo, y mas que todo, su propio gusto. Nadie se debe brindar á darles leccion, es preciso que sean ellas las que la pidan: ni se les debe prescribir como tarea lo que es recompensa; y en esta especie de estudios el mayor aprovechamiento pende con especialidad de querer aventajarse en ellos. En cuanto á lo demás, si son absolutamente necesarias lecciones en forma, no será yo quien decida de qué sexo han de ser los que deban darlas. No sé si es preciso que un maestro de baile agarre á una discípula moza de su blanca y delicada mano, le haga levantar la ropa, alzar los ojos, tender el brazo, sacar un pecho palpitante; lo que si sé es que por cuanto hay en este mundo no quisiera yo ser ese maestro.

Con la industria y los talentos se forma el gusto, con el gusto se introducen en nuestro entendimiento las ideas de la belleza de todos géneros, y finalmente, las nociones morales que á ellas se refieren. Esta acaso es una de las razones porque el sentimiento de la decencia y la honestidad, se insinúa mas pronto en las niñas que en los muchachos, pues creer que provenga este sentimiento de lo que les dicen sus ayas, fuera no estar insinuado ni en lo que son las lecciones de estas, ni en el natural progreso del espíritu humano. El primer puesto en el arte de agradar le ocupa el arte de hablar; por él solo pueden añadirse embelesos nuevos á aquellos con que acostumbra el hábito á los sentidos. No solo vivifica el espíritu al cuerpo, sino que le renueva en cierto modo; por la sucesion de los sentimientos y las ideas anima y varía la fisonomía; y por los razonamientos que inspira, llamando la atencion, sostiene mucho tiempo igual interés en el mismo objeto. Creo que por todas estas razones adquieren las muchachas tan presto un charlar grato, acentuan lo que dicen, aun antes de sentirlo, y se divierten los hombres en escucharlas, aun antes de que puedan ellas entenderlos: atisvando, por decirlo así, el instante del discernimiento de estas chicleas, para saber cuando las podrán amar: porque, por

mas que hagamos queremos agradar á lo que nos agrada; y así que perdemos la esperanza de serle grato; no nos agrada mucho tiempo.

Las mujeres tienen flexible la lengua; hablan mas pronto y con mas facilidad y agrado que los hombres. Tambien las acusan de que hablan mas; así debe ser, y yo convirtiera esta acusacion en elogio: en ellas la boca y los ojos tienen igual actividad por la misma razon. El hombre dice lo que sabe; la mujer dice lo que agrada; el uno para hablar necesita conocimiento, y la otra gusto; el principal objeto del uno deben ser las cosas útiles; el de la otra las agradables. No debe haber en sus razonamientos otras formas comunes que las de la verdad.

No debe contenerse la charla de las niñas, como la de los muchachos, con la dura pregunta de: *¿Para que sirve eso?* sino con esta otra á que tampoco se puede dar mas fácil respuesta: *¿Qué efecto hará eso?* En esta edad primera en que todavia no pueden discernir lo bueno y lo malo, no son jueces de nadie, y se deben imponer la ley de no decir nunca cosa que no sea grata para aquellos con quienes hablan; y lo que hace mas dificultosa la práctica de esta regla, es que siempre queda subordinada á la primera, que es no mentir nunca.

Otras muchas dificultades veo todavia, pero son peculiares de edad mas adelantada. Por ahora, bátales á las niñas para agradar el decir verdad sin aspereza; y como esta les repugna, fácilmente les enseña la educacion á evitarla. Generalmente reparo, en el trato del mundo, que es mas oficiosa la cortesia de los hombres, y mas halagüeña la de las mujeres: y esta diferencia no se ha instituido, sino que es natural. Parece que el hombre trata mas de servir, y mas de agradar la mujer. De aquí se sigue que, sea cual fuere el carácter de las mujeres, es menos falsa su cortesia que la nuestra, pues no hace mas que explayar su primer instinto; pero cuando finge un hombre que prefiere mi interés al suyo propio, por muchas demostraciones con que envuelva esta mentira, estoy ciertísimo de que lo es. Así á las mujeres les cuesta poco ser corteses, y poco por consiguiente á las niñas el aprender á serlo. Procede la primera leccion

de la naturaleza, y el arte no hace mas que seguirla y determinar en qué estilos se ha de manifestar esta forma. En cuanto á su cortesía entre ellas, es cosa muy distinta; gastan un estilo tan violentado y tan frias atenciones, que sujetándose recíprocamente no ponen mucho esmero en ocultar su sujecion, y parecen sinceras en su mentira, porque no se afanan por encubrirla. No obstante, las doncellas mozas se dan algunas veces pruebas mas ingenuas de amistad. De su edad suple la alegría á la buena índole; y contentas consigo mismas, lo están con todo el mundo. Tambien es constante que se besan de mejor gana, y se acarician con mas gracia delante de los hombres, ufanas con excitar impunemente su apetito, con la imágen de favores que les saben hacer que envidien.

Si no se deben permitir á los muchachos preguntas imprudentes, con mucha mas razon se les deben prohibir á las niñas, cuya curiosidad, ó satisfecha ó no bien-eludida, acarrea consecuencias mucho mas importantes, atendida su penetracion en adivinar los misterios que les esconden, y su maña para descubrirlos. Pero quisiera que sin consentirles preguntas, se les hicieran muchas á ellas, que las excitaran á conversar, y las provocaran para ejercitarlas en que hablasen con facilidad, que supieran hallar réplicas prontas, y para soltarles, cuando sin riesgo puede hacerse todavía, la lengua y el entendimiento. Alegres siempre estas conversaciones, mas preparadas con arte y bien dirigidas, fueran una diversion que embelesaria esta edad, y pudieran arraigar en los inocentes corazones de estas tiernas doncellas las primeras lecciones de moral, acaso las mas provechosas que reciban en su vida, enseñándoles con el cebo del deleite y la vanidad, cuáles son las dotes que verdaderamente cautivan la estimacion de los hombres, y en qué se cifran la gloria y la felicidad de una mujer honrada.

Bien se echa de ver que si los niños son incapaces de formarse ninguna idea verdadera de religion, con mas razon esta idea excede la capacidad de las niñas: y por eso mismo querria yo hablarles de ella mas temprano; porque si hubiéramos de esperar á que estuvie-

sen en estado de ventilar metódicamente estas hondas cuestiones, correriamos peligro de nunca hablarles de ellas. La razon de las mujeres es una razon práctica, que les hace hallar con mucha facilidad modo de llegar á un fin conocido, pero que no les hace atinar con este fin. Admirable es la relacion social de los sexos: resulta de esta sociedad una persona moral, cuyos ojos son la mujer, y el hombre los brazos, mas con tal dependencia uno de otro, que la mujer aprende del hombre lo que ha de ver, y este de aquella lo que ha de hacer. Si pudiera al igual del hombre subir la mujer á los principios, y si tuviera el hombre como aquella el espíritu de las menudas circunstancias, siempre independientes uno de otro, vivirian en discordia eterna, y no podria subsistir su sociedad; mas, con la armonía que entre ellos reina, todo se encamina al fin comun; no sabemos cuál pone mas de lo suyo; sigue cada uno el impulso del otro; obedece cada cual, y ambos son árbitros.

Por lo mismo que la conducta de la mujer está sujeta á la opinion pública, su creencia lo está tambien á la autoridad. Toda doncella debe ser de la religion de su madre, y toda casada de la de su marido. Aun cuando fuera falsa esta religion, la docilidad que sujeta la madre y la hija al orden de la naturaleza, borra para con Dios el pecado del error. No hallándose en estado de ser jueces por sí mismas, deben admitir la decision de sus padres y maridos como la de la iglesia.

No pudiendo sacar de su inteligencia la regla de su fé, tampoco pueden las mujeres asignarle por límites los de la evidencia y la razon; pero dejándose llevar de mil impulsos extraños, se quedan siempre mas acá ó van mas allá de la verdad. Extremadas siempre, todas son ó libertinas ó devotas; no se ve ninguna que con la piedad junte la discrecion. La fuente de mal está no solo en el carácter exagerativo de su sexo, sino tambien en la mal regulada autoridad del nuestro: las costumbres licenciosas se la hacen despreciar; el terror del arrepentimiento la convierte en tiranía; y de ese modo siempre vamos muy adelante, ó nos quedamos muy atrás.

Supuesto que la autoridad debe regular la religion

de las mujeres, no tanto se trata de explicarles las razones que hay para creer, como de presentarles con claridad lo que se cree: porque la fé que damos á ideas oscuras es el origen del fanatismo, y la que se exige de cosas absurdas conduce á la incredulidad ó á la locura. No sé á qué incitan mas nuestros catecismos, si á ser impío ó fanático: pero necesariamente producen lo uno ó lo otro.

Para enseñar la religion á las muchachas, no se la presenteis nunca como un objeto de sujecion y tristeza, ni como obligacion ó tarea; por consiguiente, no les hagais aprender de memoria nada que con ella tenga conexion, ni siquiera las preces. Contentaos con rezar todos los dias las vuestras en su presencia, pero sin esforzarlas á que las escuchen. Hacedlas cortas, segun la instruccion de Jesucristo, y con el recogimiento y respeto que conviene; considerad que cuando al Ser supremo pedimos atencion para que nos escuche, justo es que la pongamos nosotros en lo que decimos.

Menos importa que sepan tan temprano las niñas su religion, que el que la sepan bien, y especialmente que la amen. Cuando se la haceis gravosa ó les pintais á Dios siempre enojado contra ellas, y en su nombre le imponeis mil penosas obligaciones que nunca os ven desempeñar, ¿qué otra cosa han de pensar sino que saber la doctrina y encomendarse á Dios, son obligaciones de chiquillas; ni qué mas han de desear que ser mayores para eximirse como vos de toda esa sujecion? El ejemplo, el ejemplo; sin eso nada se consigue con las criaturas.

Cuando les expliqueis artículos de fé, sea en forma de instruccion directa, no por preguntas y respuestas. Nunca deben ellas responder sino lo que piensen, y no lo que les hayan dictado. Todas las respuestas del catecismo son contrarias al sentido comun, el discípulo es quien instruye al maestro; tambien son mentiras en boca de los niños, porque estos explican lo que no entienden, y afirman lo que no son capaces de creer. Ensenenme entre los hombres mas inteligentes uno que, cuando diga su leccion de doctrina, no mienta.

Una de las preguntas que hace el catecismo es: *¿Quién*

*os crió y os echó al mundo?* A lo cual la chiquilla, aunque sabe que fué su madre, no obstante contesta sin titubear que Dios. Lo único que en esto ve, es que á una pregunta que entiende mal, da una respuesta de la cual no entiende una palabra.

Quisiera que un hombre que conociese bien el progreso del espíritu de los niños, compusiese un catecismo para ellos. Acaso fuera el libro mas útil que se hubiese escrito, y en mi dictámen no seria el que menos honra diese á su autor. Lo cierto es que, si fuese bueno este libro, muy poco se pareceria á los nuestros.

Semejante catecismo será tanto mejor, cuanto por las preguntas solas dé el niño por sí propio las respuestas sin aprenderlas; bien entendido que algunas veces se hallará en caso de hacer él tambien sus preguntas. Para dar á entender lo que quiero decir, seria necesario presentar una especie de modelo, y bien conozco cuánto me falta para poder bosquejarle. Probaré á lo menos á dar de él una ligera idea.

Imaginome, pues, que para llegar á la pregunta del catecismo que hemos mencionado arriba, fuera preciso que empézase este, con poca diferencia, en los términos siguientes:

LA MAESTRA.

¿Te acuerdas de cuando era niña tu madre?

LA NIÑA.

No, señora.

LA MAESTRA.

¿Pues cómo no, teniendo tanta memoria?

LA NIÑA.

Porque no habia yo venido al mundo.

LA MAESTRA.

¿Con que tú no has vivido siempre?

LA NIÑA.

No.

LA MAESTRA.

¿Y vivirás siempre?



LA NIÑA.

Sí.

LA MAESTRA.

¿Eres muchacha ó vieja?

LA NIÑA.

Soy muchacha.

LA MAESTRA.

¿Y tu abuela es muchacha ó vieja?

LA NIÑA.

Vieja.

LA MAESTRA.

¿Ha sido muchacha?

LA NIÑA.

Sí.

LA MAESTRA.

¿Pues por qué no lo es ahora?

LA NIÑA.

Porque se ha envejecido.

LA MAESTRA.

¿Y envejecerás tú como ella?

LA NIÑA.

No sé (1).

LA MAESTRA.

¿Dónde están tus vestidos del año pasado?

LA NIÑA.

Los han desbaratado.

LA MAESTRA.

¿Y porqué los han desbaratado?

(1) Si donde he puesto *no sé*, responde la chica de otro modo, es menester no fiarse de su respuesta, y hacer que la explique con claridad.

LA NIÑA.

Porque me estaban muy pequeños.

LA MAESTRA.

¿Y por qué te estaban muy pequeños?

LA NIÑA.

Porque he crecido.

LA MAESTRA.

¿Y crecerás todavía?

LA NIÑA.

¡Ah! sí.

LA MAESTRA.

¿Y qué se hacen las niñas grandes?

LA NIÑA.

Se casan.

LA MAESTRA.

¿Y las casadas, qué se hacen?

LA NIÑA.

Madres.

LA MAESTRA.

¿Y las madres, qué se hacen?

LA NIÑA.

Viejas.

LA MAESTRA.

¿Con que tú te harás vieja?

LA NIÑA.

Cuando sea madre.

LA MAESTRA.

¿Y qué se hacen las viejas?

LA NIÑA.

No sé.

LA MAESTRA.

¿Qué se ha hecho tu abuelo?